

LA INSOPORTABLE LEVEDAD DEL SERVICIO COMUNITARIO

Elizabeth Cornejo

Estudiante de la Escuela
de Idiomas Modernos

Hace un par de años, diseñando *Eventos VI, Caribe Mar*, leí un texto enmarcado dentro de la presentación de los proyectos del Servicio Comunitario de nuestra escuela. Su autoría pertenecía a Ángel Rizo, quien mencionaba la existencia de un archivo cuyo valor documental requería ponerse la armadura del Quijote y batallar contra algunos molinos de viento para poder rescatarlo.

Ante la inminencia de mi servicio comunitario y con la curiosidad que siempre me ha caracterizado, comencé a preguntarme cuál sería ese archivo del que hablaba Ángel Rizo. ¿Cuál sería la batalla que daría rescatar tan preciado tesoro?

Hablé con Ángel, él me refirió a Fernando Carrizales, les comenté a ambos que quería saber más, y los dos coincidieron en señalarme un camino donde no faltarían los obstáculos, pero sobre todo donde no faltaría la magia...

—¿Has estado en Chuao?

—Nunca.

En ese momento no tenía una idea clara de lo que haría para mi servicio comunitario. Sin embargo, hubo una frase en el texto de Ángel —que citaba al otrora cronista de Chuao, Francisco Planchez—, la cual comenzó a sonreír conmigo: “Al final solo queda el libro”.

Chuao... pueblo costero del estado Aragua, cuyo acceso solo es posible en peñero o después de caminar ocho horas atravesando la montaña. Decir Chuao es decir playas, cacao, seres achocolatados; y fue mi amor por el chocolate lo que me condujo allí.

Investigando un poco antes del viaje, descubrí que la riqueza de Chuao es invaluable: su cacao es el único con denominación de origen y fue considerado por mucho tiempo como el mejor cacao del mundo; sus fiestas y tradiciones, las cuales se mantienen casi invariables desde que se fundó el pueblo a mediados del siglo XVI, son consideradas hoy día como patrimonio cultural de nuestro país; su geografía, cuya riqueza se concentra en la dualidad playa-montaña, le otorga al pueblo un clima y una luz envidiable; su río, Señor del Valle, atraviesa la hacienda y con sus acequias conforma el alma y el corazón del pueblo; su gente, a pesar de las múltiples influencias externas, continúa luchando por conservar su herencia cultural como quien cuida oro.

Y justo allí es donde creí que podía radicar la importancia de mi proyecto comunitario, en dejar un pequeño testimonio de esos valores que no pudieron ser mejor explicados que por el mismo Planchez, chuaense de nacimiento y que dedicó gran parte de su vida y esfuerzo a preservar el acervo histórico, cultural, humano y ecológico de Chuao. Sus estudios estaban orientados al conocimiento profundo de sus raíces; sus escritos y enseñanzas, a la difusión de ese saber, a la siembra —entre los suyos— de la conciencia que ayudara a preservar las riquezas intangibles del pueblo: san Juan, los Diablos Danzantes, los Pastores, el río, la montaña, la hacienda, el cacao, entre muchas otras, son un legado que si no es conocido y preservado por los más jóvenes corre el riesgo de diluirse entre las novedades tecnológicas que hace rato invaden al pueblo.

En efecto, el archivo que mencionaba Ángel es un tesoro conformado por todo el material de investigación y recopilación que realizó Planchez a lo largo de su vida.

Un libro, un libro con los escritos de Francisco Planchez. Ese será mi servicio comunitario...

El proyecto era ambicioso, tal vez demasiado, y para lograrlo debía superar un inmenso obstáculo. El archivo de Planchez está fuertemente custodiado por Leyda Josefina, su compañera de vida, la cual sabe que, de caer en manos inescrupulosas, tan valiosa información podría perderse.

Fueron muchas las visitas que tuve que hacer a Chuao. Conocer a su gente. Hablar con los guías de una comunidad que no alcanza los cuatro mil habitantes. Compartir sus historias y tradiciones. Entender sus recelos y desconfianzas. Jugar con sus niños. Bañarme en sus playas y adentrarme en las aguas de sus ríos. Dejarme hipnotizar por sus toques de tambor y pedirle mucho a san Juan Bautista, el santo del pueblo, que me ayudara a lograr la meta que me estaba fijando...

Estoy segura de que sin la ayuda invaluable de Fernando, Yolanda, Chichi y otras personas del pueblo —junto a la de mi querida e inseparable compañera de clases, Karina— no hubiese podido llegar hasta el tesoro, es decir, el archivo. Una vez allí, fue mucho lo que pude entender acerca de Chuao y de su gente, de su cultura, sus tradiciones. Centenares de escritos, videos, música e información de todo tipo que darían para hacer una biblioteca temática, exclusivamente de Chuao. Lamentablemente, justo cuando había logrado lo más difícil, por razones personales y fundamentalmente económicas, no pude regresar...

Mencionar lo que implicaba haber llegado hasta allí y no poder continuar mi servicio comunitario es inexplicable con palabras. Sin embargo, mi compromiso con todos aquellos que me apoyaron y que aun esperan el libro de Planchez sigue en pie.

Decidí continuar con lo que tenía en mis manos: unos cuantos textos y miles de fotos que hice en los múltiples viajes a Chuao. Así que me senté a trabajar. Ordené la información, transcribí textos, convertí documentos de PDF en documentos de Word, invertí horas y horas seleccionando fotos para ilustrar los textos, hasta que pude diseñar el libro.

Oldman Botello, cronista de Maracay y miembro de la Academia Nacional de la Historia, me obsequió el prólogo. Un texto maravilloso que introduce la importancia de este pequeño gran esfuerzo. Sancho Araujo, profesor de nuestra escuela, me ofreció —si logro el financiamiento— obsequiarme con las que, sé de antemano, serán unas maravillosas traducciones al Inglés.

Las fotos y el diseño gráfico los hice yo, solo falta la impresión. Mil ejemplares para distribuirlo entre los más jóvenes del pueblo. El presupuesto es de 50.000 bolívares, es decir, 50 bolívares cada ejemplar. Es poco dinero comparado con el valor que tiene para la comunidad de Chuao conocer las enseñanzas de Francisco Planchez. Personalmente, no puedo asumir esta parte del encargo, así que sigo buscando el alma generosa que, bajo su tutela, quiera imprimir el libro y distribuirlo entre los habitantes de la comunidad.

Mi compromiso es bautizarlo en el patio frente a la iglesia, tomando chocolate como es la tradición para todos los eventos que atañen a la gran familia de Chuao, y de esta forma, no solo contribuir con la preservación de su patrimonio cultural, sino honrar la memoria de Francisco Planchez y la confianza de quienes han puesto su grano de arena para que este proyecto se haga realidad.

Elizabeth Cornejo, der.,
muestra las imágenes incluidas
en su libro sobre Chuao.
A su lado, Dexy Galué, izq.,
y Ana Villar

